



**INTERVENCIÓN EN EL SEMINARIO  
'DE YALTA AL 11-S'**

**Siena, 9 de julio de 2004**

Es un gran placer estar esta tarde con todos ustedes. Primero, porque el foro y el tema se lo merecen. Vivimos no sólo en un momento turbulento de las relaciones internacionales, sino posiblemente en el punto de cambio de un orden a otro, donde lo caduco se resiste a morir y lo nuevo aún no ha cobrado toda su fuerza. Por eso, reflexionar y discutir sobre el significado y el alcance de los cambios experimentados desde Yalta me parece un ejercicio no sólo loable, sino necesario.

En segundo lugar, por estar aquí, en esta magnífica ciudad, parte emblemática de este magnífico país. Y lo quiero decir con toda claridad porque en los momentos de particular dureza como los que vivimos, sobre todo quienes apostamos porque la credibilidad de las Naciones Unidas estaba en juego frente a Saddam y quienes creímos que el cambio de régimen en Irak era la puerta a un futuro mejor, libre y próspero, no sólo para los iraquíes sino para toda la zona del Oriente Medio, poder comprobar que hay gobiernos y países que se mantienen firmes con esos ideales y compromisos no puede ser menos que aplaudido. Ustedes han sufrido ataques y numerosas bajas en Irak, pero también han sabido estar a la altura de las circunstancias y tengo la convicción de sus esfuerzos y sacrificios se verán reconocidos. Como yo lo hago en estos momentos.

Y en tercer lugar, es siempre una satisfacción personal recibir un galardón por la labor realizada. Yo creí en una España activa y constructiva en el juego mundial e hice cuanto estuvo en mi mano durante los 8 años al frente de mis gobiernos para que así fuera. Y creo que en parte lo logré. Igualmente creí que el vínculo

transatlántico era la columna vertebral de nuestra seguridad y prosperidad, e hice cuanto pude por reforzarlo. Creo que eso es una característica que compartimos todos los aquí presentes.

Hace pocos días leí al gran pensador español Julián Marías una frase con la que no puedo estar más de acuerdo. Decía el filósofo que “es un error hablar de Europa como algo exento”. Y añadía que “Europa no existe sino como parte de Occidente, que es Europa más América. Cada uno por su lado vivirían mutilados”, terminaba Marías.

Creo que esa es una gran verdad. Americanos y europeos mantenemos los mismos principios democráticos y políticos, compartimos manifestaciones culturales y afrontamos con igual decisión los nuevos retos que la historia nos presenta. Por ello, ante las amenazas a nuestros valores y libertades es lógico buscar respuestas conjuntas. Del mismo modo, ante las demandas de progreso y desarrollo económico de nuestras sociedades, es necesario trabajar coordinadamente desde ambas orillas de Occidente.

Y a esta gran realidad occidental es a la que quiero dedicarle mis siguientes reflexiones.

Desde mi punto de vista, muchos son los campos donde cooperar y donde hacer coincidir nuestras políticas, europea y americana, en una sola política occidental. No sólo nuestra comunidad de intereses así nos lo demanda sino la propia búsqueda de eficacia.

Empezaré entonces refiriéndome a nuestros más preciados valores compartidos: la democracia, la libertad y la seguridad.

La vieja piel de Europa muestra aún algunas cicatrices de lo que significó la Segunda Guerra Mundial. Paradójicamente aquellos dramáticos hechos significaron también la única esperanza de libertad para millones de hombres. Roosevelt y Churchill, dos líderes visionarios, fueron quienes, con la formulación de la Carta Atlántica, situaron en la defensa de la libertad el valor supremo que vertebraba los intereses de América y de Europa.

Hace pocas fechas hemos conmemorado el 60 aniversario de Normandía, donde las fuerzas angloamericanas desembarcaron en Europa la bandera de la libertad que el nazismo ansiaba destruir. Aquel episodio quizá fuera también un primer frenazo a las pretensiones de otro peligroso totalitarismo, el comunista, cuyas heridas en forma de dictadura no terminan de cicatrizar aún en diversas regiones del mundo.

Sin embargo, hoy sé bien que la batalla por la libertad es siempre una batalla inacabada; que los enemigos de la sociedad abierta no han desaparecido. Y que desgraciadamente la historia pone a prueba a las naciones y a sus líderes, en la encrucijada de defender la libertad y la democracia o sencillamente mirar para otro lado. En mi caso, siempre lo tuve claro. Los hechos lo demuestran. La España en la que creo es un país con clara y permanente vocación atlántica. Una nación que asume sus responsabilidades internacionales en Europa y en el mundo. Una democracia

occidental que comparte esfuerzos y sacrificios con amigos y aliados en la defensa de las libertades.

Konrad Adenauer, Jean Monnet, Robert Schumann, Alcide De Gasperi, y toda una generación de políticos y pensadores europeos (entre los que también incluyo al español Salvador de Madariaga) dedicaron su vida a la acción política y a la reflexión intelectual sobre Europa. Acción y reflexión que hicieron posible el proyecto de paz, libertad y unidad que hoy es la Unión Europea. Los padres fundadores sabían que la construcción de la Europa unida pasaba no sólo por los tratados económicos, sino por el fortalecimiento ineludible de la Alianza Atlántica y la protección de los valores compartidos. Por ello dedicaron sus mejores esfuerzos en consolidar el vínculo trasatlántico que garantizaba la tan necesaria paz europea.

Los peligros que hoy amenazan a nuestras democracias occidentales son de distinto orden y naturaleza de los que se cernían sobre los países que en 1949 firmaron su adhesión, en Washington, al Tratado del Atlántico Norte. Pero también sabemos que nuestros enemigos actuales sin duda quieren algo similar: acabar con nuestra convivencia pacífica, destruir nuestras democracias, paralizar nuestro progreso. En definitiva, quitarnos nuestra libertad. Y para intentar alcanzar sus objetivos recurren a una vieja y conocida arma, el chantaje terrorista.

Bin Laden y sus secuaces de Al-Qaeda, enfundados en su fanatismo, han declarado la “yihad”, la guerra santa, a las naciones occidentales, cuya civilización, cultura y sistemas de valores atacan

por considerarlas contrarias a su fe y a su visión del ser humano. El terrorismo islamista se muestra así como una prolongación del terrorismo anarquista que padeció la Europa de fines del XIX o del terrorismo de sesgo nacionalista del XX, que aún pervive por desgracia en alguna de nuestras naciones. Sin embargo, desembarazados de adjetivos, todos los terrorismos son lo mismo: chantaje al Estado, y sus objetivos, idénticos: destrucción de libertades.

El 11 de septiembre de 2001, los terroristas de Al-Qaeda golpearon sanguinariamente las Torres Gemelas de Nueva York, como símbolo de la civilización occidental, pero es obligado mencionar que éste no fue ni el primero ni el último atentado contra naciones occidentales. España recuerda con pesar los trágicos sucesos terroristas del 11 de marzo.

La red terrorista de Bin Laden asesina en la creencia de que las decadentes democracias occidentales se inclinarán ante el terror mayúsculo de sus actos indiscriminados, de que sus débiles gobiernos cederán al chantaje de los cuerpos mutilados y sus frágiles sociedades terminarán derrumbándose como castillos de naipes. Nuestros ciudadanos sin embargo no deben llamarse a engaño: ellos son su primer objetivo, su modus vivendi, su ética, sus creencias, sus derechos individuales, su vida.

En mi opinión, es un grave error caer en la división o en la debilidad. Las naciones occidentales deben trabajar coordinadamente y sin fisuras para que nuestra reacción derrote al terrorismo. Sin ambages, sin medias tintas, preservar nuestra libertad y nuestra

seguridad supone a veces enfrentarse al terrorismo allí donde éste germina. Me parece, por tanto, obligado contribuir a la consolidación del nuevo gobierno iraquí y ayudar a la reconstrucción política y económica de Irak.

Europa debe esforzarse al máximo en agilizar la lucha contra el terrorismo. Reconocerlo como nuestra principal amenaza no basta. La Unión Europea debe aprobar nuevas iniciativas que refuercen en la práctica la seguridad de todos los europeos. España impulsó la definición de acto terrorista, la orden europea de detención y entrega, así como la creación de la lista de organizaciones y miembros terroristas.

Sin embargo, las nuevas formas de terrorismo global, adaptadas al desarrollo tecnológico y a la inmediatez de medios de comunicación como internet, obligan a las sociedades occidentales a responder con más celeridad y eficacia al terrorismo. En esta lucha, europeos y americanos debemos trabajar conjuntamente y la cooperación de todos los países occidentales debe ser la peor noticia que los terroristas puedan recibir.

Porque sólo desde una misma firmeza de convicciones, desde una constante colaboración policial internacional y desde la exigencia moral de pertenencia a una misma realidad común, la de Occidente, podremos combatir la peor de las lacras que hoy amenaza nuestros derechos y libertades. Enfrentar las provocaciones terroristas con constancia y sacrificio hará que nuestras sociedades sean más libres y seguras. Rehuir la batalla nos hará, por el contrario, más débiles.

Dije al comienzo que vivimos no sólo en momentos turbulentos, sino en medio de un gran cambio, un cambio profundo de un orden internacional y estratégico a algo nuevo, todavía por definir en buena medida. Nos encontramos de nuevo “en el momento de la creación”, sólo que 60 años después.

Los líderes de 1945, con su particular experiencia de los años de guerra, pensaron que la paz y la prosperidad del mundo estarían mejor servidas a través de la fortaleza nacional y un complejo entramado institucional multilateral. La ONU y la OTAN son dos buenos ejemplos de lo que digo.

La confrontación Este-Oeste impidió que la ONU pudiera realizar su sueño de servir de gobierno universal y ahí, con la excepción de la guerra del Golfo en 1991, el multilateralismo sufrió más reveses y frustraciones que impulsos y éxitos. En el campo occidental, por el contrario, la OTAN, amén de otras instituciones, produjeron unas formas y procedimientos de encarar los problemas esencialmente multilaterales. Se podía ser multilateral, confiar en soluciones multilaterales, porque las instituciones funcionaban.

El problema hoy es que contamos con las mismas instituciones que nacieron del entorno de la postguerra (y estoy hablando de la Segunda Guerra Mundial) y todos los esfuerzos que hemos realizado desde 1989 por adaptarlas al nuevo escenario estratégico están muy lejos de poder ser considerados exitosos.



El caso de las Naciones Unidas es evidente. Como bien señaló el Presidente Bush en la Asamblea general de la ONU en septiembre de 2002, era la inacción ante las continuas violaciones de sus resoluciones lo que estaba minando su credibilidad y era el reto de la Organización volver a ser un organismo internacional serio y respetado. Como vimos durante toda la crisis de Irak, eso, finalmente, no fue posible. Y aunque se avanzó con la resolución 1441, en el Consejo de Seguridad, como siempre, primaron las posiciones nacionales sobre los intereses generales.

La Alianza también sufrió lo suyo durante toda la crisis con Irak. Baste recordar la parálisis del Consejo Atlántico sobre su autorización para iniciar los planes de contingencia para la defensa de Turquía en caso de guerra, que sólo se pudo resolver mediante la argucia de rebajar el foro de decisión del Consejo del Atlántico Norte al Comité de Planes de Defensa. Pero es que, año y medio más tarde, cuando se pensaba que las heridas iban por el buen camino de curarse, en la Cumbre de Estambul han vuelto a surgir diferencias aparentemente irreconciliables. La decisión de Francia y el actual gobierno español de vetar el envío a Afganistán de la Fuerza de Respuesta Rápida de la OTAN, por no decir de las discrepancias sobre su posible papel en la reconstrucción de Irak, dicen muy poco sobre la visión común y la necesaria unidad de criterio y actuación que está en la base de toda alianza defensiva.

Suele decirse que uno es multilateral cuando se puede y unilateral cuando no queda más remedio. Con lo que seguimos viendo en los foros internacionales, habrá que decir que uno es multilateral cuando le dejan y unilateral cuando puede.

Pero yo creo que el espíritu de los dirigentes del 45 debe ser preservado. Puede que las instituciones que tenemos, o sus mecanismos de decisión, sean del todo inadecuados. Pero eso no es igual a afirmar que hemos vuelto a un mundo sin reglas donde triunfa el más fuerte como en el antiguo y salvaje Oeste. El mundo será más fácilmente manejable y todos nos beneficiaremos de ello si trabajamos juntos, en la medida de lo posible, por la seguridad y el bienestar futuro.

En la medida de lo posible está la clave, sin duda. Richard Perle, quien me ha precedido esta mañana en este foro, ha escrito en su último libro *An End to Evil* (Un final para el demonio), que hay un determinado comportamiento que define una relación sana entre amigos y aliados que, cuando menos, pasa por conceder el beneficio de la duda cuando se invoca un interés nacional vital. En los últimos dos años esa no ha sido la principal característica de la comunidad atlántica. Irak ha supuesto, al menos, dos conflictos simultáneos: uno, de la moral internacional contra Saddam y otro, de unos pocos países más preocupados de ser contrapeso de la democracia americana que de combatir las verdaderas amenazas del mundo libre.

Y yo creo que ambas cuestiones hay que afrontarlas. Los medios para definitivamente encauzar el futuro libre y constitucional de Irak están claros, particularmente tras la transferencia de soberanía del pasado día 28 de junio. La fórmula para ganar la segunda, por desgracia, no está tan clara.

Tal vez sea el momento de redescubrir la Carta Atlántica a la que antes hice mención y reescribirla a la luz de las nuevas circunstancias. Tal vez haya llegado la hora de pensar en una Alianza por la Libertad y la Prosperidad que reúna a los países deseosos de promover ambas agendas de la misma manera.

Cuando Roosevelt y Churchill, sobre el mismo océano Atlántico, firmaron la Carta Atlántica el 14 de agosto de 1941, firmaron algo más que una declaración en defensa de la libertad de comercio y navegación, a favor de los gobiernos libremente elegidos y en contra de la tiranía que atenazaba Europa. Con aquella declaración, que luego inspiraría la Carta fundacional de la Organización de las Naciones Unidas, quedaba sentado que la libertad de la persona y sus derechos individuales eran valores superiores compartidos en Occidente.

Sin duda, esos principios y valores están hoy más vigentes que nunca. Debemos mantener el sentido común suficiente para darnos cuenta de que compartir unos valores significa también compartir la responsabilidad de defenderlos y el anhelo de desarrollarlos. Significa saber comprometerse y no salir corriendo. Significa, en suma, la valentía de enfrentarse a los problemas, llamarlos por su nombre y hacer todo lo posible para, en vez de convivir malamente con ellos, tratar de resolverlos.